



ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA

CONSEJO DIOCESANO DE MADRID

BOLETÍN ARCHIDIOCESANO

Agosto 2017 n.º 1.358



1 | Editorial

2 | De nuestra vida

2 | Vigilia de Espigas

5 | Reunión del Pleno
Diocesano y Asamblea
Diocesana

6 | Apostolado de la Oración

6 | Turno Jubilar de
Veteranos

6 | Necrológicas

7 | Rincon poético

8 | Calendario litúrgico

10 | De La Lámpara

14 | Tema de Reflexión

17 | Colaboración

21 | Testimonio

23 | Padres de la Iglesia

25 | Catecismo de la Iglesia Católica

27 | Calendario de Vigilias

29 | Cultos en la Capilla de la Sede

29 | Rezo del Manual



Portada:

La Transfiguración (Fragmento)

Rafael Sanzio (1483-1520)

Edita: ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA
CONSEJO DIOCESANO DE MADRID.

Domicilio: C/ Barco, 29, 1.º

28004 Madrid

Tel. y Fax: 915 226 938

anemadrid1877@gmail.com

www.ane-madrid.org

Redacción: J. Alcalá, A. Caracuel, A. Blanco, F. Garrido.

Diseño, maquetación e impresión: Gráficas Arias Montano, S.A.

Depósito Legal: M-7548-2011



Jueves eucarísticos en la capilla de la sede durante el mes de agosto

Como bien conocen los adoradores madrileños, todos los jueves se celebra en nuestra capilla la Santa Misa, seguida de adoración al Santísimo. Durante todo el año un Turno o Sección se encarga de la organización y asistencia a este importantísimo acto, gracias al cual tenemos el privilegio de tener con nosotros de forma permanente al Señor en nuestro sagrario; pero durante el mes de agosto son voluntarios los que asisten. Por ello, desde aquí, hacemos un llamamiento a todos cuantos durante este mes se encuentren en Madrid para que asistan y así hacer posible el culto eucarístico permanente en nuestra sede, que es la casa de todos.

No lo olvidéis, Jesús os espera también durante el mes de agosto, estáis convocados cuantos podáis acudir todos los jueves a las 19:30 horas. La dirección, os recordamos, es: C/ Barco 29, 1º. ■

A cuantos accedan a nuestra petición, muchas gracias.

Se celebró la Vigilia de Espigas



El pasado 24 de junio se celebró el la Parroquia de San Pedro Apóstol de Alcobendas la Solemne Vigilia de Espigas de este año. Además se conmemoró el 50 aniversario de la fundación de la Sección de Alcobendas.

Los días previos se celebraron el triduo preparatorio con la predicación de D. Enrique Mazario, Vicario parroquial, D. Melchor Redondo, párroco de San Pedro y D. Manuel Polo, Director Espiritual Diocesano de la Adoración Nocturna.

La vigilia de Espigas comenzó con la procesión de Banderas y el rezo del Snato Rosario desde la Parroquia de San Lesmes hasta la parroquia de San Pedro. En esta procesión participaron aproximadamente 20 banderas incluidas las de la Sección Primaria (Consejo Diocesano) y las tres de Alcobendas (San Pedro Apóstol, San Lesmes y ANFE Alcobendas).

La Vigilia continuó con la celebración de la eucaristía presidida por el Cardenal Arzobispo de Madrid, D. Carlos Osoro y concelebrada por e Director Espiritual Diocesano D. Manuel Polo Casado, el párroco de San Pedro Apóstol D. Melchor Redondo junto con el delegado episcopal Juventud y director espiritual de la sec-



ción de Tres Cantos, el Arcipreste de Alcobendas y el director espiritual del turno 25.

Durante la celebración y de forma excepcional, con ocasión del 50 aniversario de la sección, se impuso a D. Melchor Redondo, la insignia de Director Espiritual del Turno de San Pedro Apóstol.

En su homilia el Sr. Cardenal dio gracias a Dios por la constancia de los adoradores de la sección que durante estos 50 años han sido fieles a la misión que como adoradores nocturnos desempeñan en la Iglesia: adorar a Cristo eucaristía, elevando las oraciones por toda la Iglesia. En la adoración es donde descubrimos donde está la seguridad del ser humano. El Señor quiere entrar en nuestra vida por que nos ama. Por eso no nos queda más que adorarlo. En esta línea el Cardenal nos dió tres notas para nuestra reflexión: la primera es que «el Señor está con nosotros», el Señor está conmigo. Dios entra en la profundidad del ser humano, en la hondura de su corazón para provocar en nosotros esa alabanza y adoración. La verdad del Hombre nos la muestra el Señor en el misterio de la Eucaristía, en ella el Señor nos pide que nos amemos unos a otros, que seamos capaces de dar la vida por los demás.

En segundo lugar «la eucaristía es don y gracia». La eucaristía nos entrega el



corazón de Cristo. No es una conquista nuestra. Es un don de Dios. Dios nos dio su vida y la sigue dando en el misterio de la eucaristía. Es el don y la gracia que corresponde a Cristo que viene para salvar a una multitud. Cuando nos acercamos a Jesús tenemos que pedirle que seamos un don para los demás ya que en los demás tenemos que ver la imagen de Dios.

En tercer lugar «la eucaristía nos lanza a salir a los caminos de los hombres sin miedo». Los apóstoles, con miedo, en el cenáculo, fueron capaces de salir





a anunciar la vida de Cristo. El Señor nos dice: «no tengais miedo a pregonar abiertamente lo que el Señor nos ha dicho al oído en nuestras noches de adoración» Que nadie pueda decir «yo no conozco a Cristo». No podemos tener miedo a pesar de las dificultades si nos mantenemos en la confianza del Señor.

Tenemos que tener experiencia de Dios. Por eso la adoración es muy importante por que sólo Él puede llenar el vacío del corazón del hombre. La fuerza de Cristo resucitado debe ser la osadía para actuar en la vida.

La eucaristía nos lanza a salir a todos los caminos donde están los hombres. «Seamos cristianos en salida y no de nichos». Dios no se ha desentendido de nosotros, sigue haciéndose presente cada día en nuestras vidas.

Todo un programa de vida en tres pasos para cada uno de nosotros, adoradores nocturnos.

Una vez finalizada la eucaristía, el Sr. Arzobispo expuso a S.D.M. y rezando todos juntos el invitatorio del Oficio de lecturas. Tras el reparto de los turnos de vela comenzamos la noche de adoración con el rezo del oficio de lecturas y la oración personal en silencio, mientras el resto de los adoradores compartían un tiempo de descanso y convivencia en la plaza de la Iglesia.

Tras los tres turnos de adoración y el rezo conjunto de Laudes, salimos de la Iglesia en procesión con el Santísimo hacia el parque en el que procedimos a bendecir el campo y la ciudad. Una procesión impresionante, con una elevada participación, un respetuoso silencio que llevaba a continuar la oración y que en palabras e más de un adorador era «emocionante». Tras la bendición regresamos de la misma manera a la Iglesia donde finalizamos nuestra vigilia con el Canto a María bajo la advocación de la Virgen de la Paz, patrona de Alcobendas.

Quiero agradecer a la Sección de Alcobendas con sus dos turnos todos los desvelos y el trabajo realizado en la organización de esta vigilia que volvió a ser un momento de encuentro entre los adoradores, de oración y de consolidación de nuestro compromiso personal y como asociación de ser transmisores del Amor de Dios a los hombres. ■

Juan Antonio Díaz Sosa
Presidente Diocesano

Reunión del Pleno del Consejo Diocesano y Asamblea Diocesana



El próximo día 30 de septiembre de 2017 en el salón de actos de la Parroquia del Santísimo Cristo de la Victoria (c. Blasco de Garay, 33), tendrá lugar la reunión del Pleno del Consejo Diocesano y de la Asamblea Diocesana en convocatoria única a las 18:00 horas.

La participación de todos tiene muchísima importancia, pues es el momento de hacer balance de lo transcurrido en el último año, y planificar lo que sucederá en el que vamos a comenzar.

Todos los adoradores recibirán convocatoria por escrito en la que figurará el orden del día de la reunión.

Esperamos la máxima participación de adoradores. La importancia de la reunión lo exige.

DIA: 30 de septiembre de 2017

HORA: 18:00

LUGAR: Dalón de Actos de la Parroquia del Santísimo Cristo de la Victoria (C/ Blasco de Garay 33, Madrid)

ORDEN DEL DÍA

- 1º. Oración de invocación al Espíritu Santo.
- 2º. Palabras del Director Espiritual Diocesano.
- 3º. Presentación e Informe del Presidente Diocesano.
- 4º. Informe de Tesorería.
- 5º. Informe de Secretaría.
- 6º. Debate y aprobación de la Propuesta de Reglamento Diocesano¹.
- 7º. Debate y aprobación de la Propuesta de Reorganización de Zonas.
- 8º. Pleno del Consejo Diocesano: Aprobación de la propuesta de Calendario para el curso 2017/2018.
- 9º. Ruegos y preguntas.

MEDIOS DE TRANSPORTE PÚBLICO

AL SALÓN DE ACTOS DE LA PARROQUIA DEL SANTÍSIMO CRISTO DE LA VICTORIA

AUTOBUSES EMT: Líneas: 2, 16, 61 y 202

METRO: Argüelles: L-3, L-4 y L-6
Quevedo: L-2

¹ Los adoradores que lo deseen podrán consultar el borrador del nuevo Reglamento Diocesano en la sede del Consejo Diocesano de Madrid de la Adoración Nocturna Española (Barco 29, 1º).

Apostolado de la oración

Intenciones del Papa para el mes de agosto 2017

Por los artistas

Por los artistas de nuestro tiempo, para que, a través de las obras de su creatividad, nos ayuden a todos a descubrir la belleza de la creación. ■

Turno jubilar de veteranos

El Jueves, día 31 de Agosto a las 22:00 horas, tendrá lugar en la Basílica de la Milagrosa (C/ García de Paredes 45) La Vigilia especial de Acción de Gracias por la larga vida que el Señor concede a la Adoración Nocturna.

Aunque la Vigilia es abierta a todos, convocamos de forma particular a los

adoradores de los siguientes Turnos y Secciones:

SECCIONES: Mingorrubio y Pinar del Rey.

TURNOS: 73 Patrocinio de San José, 74 Santa Casilda y 75 San Ricardo. ■

¡Veterano, el día 31 de agosto a las 22 horas en la Basílica de la Milagrosa se celebra tu Vigilia, no faltes!

Necrológicas

- **D. Víctor Martín de Apleda**, Adorador del Turno 35 Santa María del Bosque.
- **Dña. Ana María Fernández de Henestrosa y Rico**, Adoradora y madre de Fernando Cabrera, Adorador del Turno 20 Ntra. Sra. de las Nieves.
- **D. Luis Román Urquizar**, Adorador Veterano Constante del Turno 14, San Hermenegildo, que fue durante 8 años Secretario del Consejo Diocesano de Madrid, desde cuyo puesto trabajó incansablemente en la promoción de la Adoración Nocturna y el culto al Santísimo Sacramento. ■

¡Dales, Señor, el descanso eterno!



Llamaron a mi corazón

*A mi corazón llamaron:
corrí a abrir con vida y alma.
Veo en la puerta a mi Amor
con una cruz que me espanta.*

*Pasad, si os place, Señor,
pasad, que ésta es vuestra casa;
si sólo una choza es,
haced de ella vuestro alcázar.*

*Y, haciendo mi noche día,
Jesús entró en mi morada;
pero al entrar en mi pecho
dejó la cruz en mi espalda.*

Jacinto Verdaguer

Día 6 de agosto

Fiesta de la transfiguración del Señor

Mateo, Marcos y Lucas, nos narran, con la diferencia de algunos ligeros matices, el acontecimiento de la Transfiguración. Jesús había hablado a sus discípulos de su inminente pasión y muerte. Y para que no vacilasen en la fe, invita a tres de ellos, Pedro, Santiago y Juan, a subir con Él al monte Tabor, precisamente los tres que verían su agonía en Getsemaní.

En el Tabor les mostró el Señor su gloria y esplendor, a la vez que Moisés y Elías se aparecían hablando con Jesús. Allí se transfiguró delante de ellos. Su



rostro brillaba como el sol, y sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no es capaz de blanquearlos ningún batanero del mundo, según precisa plásticamente el evangelista San Marcos.

Entonces intervino Pedro y dijo a Jesús: Señor, qué bien estamos aquí. Si quieres, hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Pero aquello no era más que un breve episodio. Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube, que decía: Éste es mi Hijo amado en quien tengo puestas todas mis complacencias. Escuchadle.

Esta voz les confortaría en el momento de la prueba. Nunca la podrían olvidar. Sobre todo Pedro, que escribirá más tarde: Esta voz traída del cielo, la oímos nosotros, estando con Él en la montaña sagrada.

La voz del Padre es apremiante. Si Jesús es el Amado en quien tiene puestas todas sus complacencias, quiere decir que sólo se complacerá el Padre en nosotros en cuanto nos parezcamos a Jesús, en cuanto le imitemos, en cuanto reflejemos su imagen, y reproduzcamos sus gestos y palabras.

Sólo se complacerá el Padre en nosotros, si escuchamos a Jesús, que es su Palabra, pues, como dice la Carta a los Hebreos, en múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios a nuestros padres en tiempos de los profetas, pero ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y es el reflejo de su gloria.

San Juan de la Cruz comenta agudamente estas palabras: Como el Padre nos dio a su Hijo —que es una Palabra suya, que no tiene otra— todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra y no tiene más que hablar. Que Dios ha quedado ya como mudo, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas, ya lo ha hablado en Él todo, dándonos el todo que es su Hijo. Sería pues una

desconsideración ir pidiendo a Dios nuevas revelaciones, puesto que todo nos lo tiene revelado ya en su Hijo: Éste es mi Hijo amado, en quien tengo puestas todas mis complacencias. Escuchadle.

Algunos Santos Padres aportan una curiosa interpretación a la Transfiguración. Jesús, dicen, siempre estaba transfigurado, su divinidad irradiaba siempre a través de la envoltura de la naturaleza humana, su rostro siempre estaba resplandeciente —«ese halo luminoso que despiden las almas más santas»—, pero los discípulos, enredados en problemas de preeminencias, enfrascados en pequeños detalles, mezclados entre multitudes, entretenidos en pequeñas cosas, no podían vislumbrar el brillo del rostro de Jesús.

Bastó que dejaran el espesor del valle, que subieran a la montaña, que dejaran aparte sus minúsculas preocupaciones, que se purificaran los ojos, que miraran más fijamente, sin estorbos, al rostro de Jesús, para que descubrieran el fulgor de su mirada, el rostro siempre radiante de Jesús.

Dice un autor que si el hombre mira con frecuencia al cielo, acabarían naciéndole alas. Y otro más prosaico afirma que al que sólo mira al suelo le salen cuatro patas. Pero Dios nos dio los ojos para mirar a lo alto. ■

La Misa dominical, del precepto al testimonio



Nada, quizás, empequeñece la Eucaristía como el concepto de que el «ir a misa» es un «mandamiento» que tenemos que cumplir cada semana. Reducir la misa a un simple mandamiento es cerrarnos a la realidad más profunda y a la vez más exacta de la Eucaristía. Que distinta si la contemplamos como lo que es: el gran Don que Dios nos hace, el encuentro personal con Cristo y con la Iglesia; si hacemos de la Eucaristía una necesidad que nos urge; algo insustituible en nuestra vida.

Que distinto si hacemos —como tiene que ser— de la Eucaristía el centro de nuestra vida cristiana, de nuestra fe, de nuestra esperanza, de nuestro amor a Dios y al prójimo; el centro de nuestra oración.

Deberíamos releer la hermosa instrucción Apostólica de Juan Pablo II EL DÍA DEL SEÑOR. Con ella no solo se da una profunda enseñanza teológica sino también una síntesis de la liturgia eucarística y materia para muchas meditaciones y sugere-

ncias para la revitalización de nuestras celebraciones.

Entre otras consideraciones escribe el Papa: «Se comprende, pues, por qué la observancia del día del Señor signifique tanto para la Iglesia y sea una verdadera y precisa obligación dentro de la disciplina eclesial. Sin embargo, esta observancia, antes que un precepto, debe sentirse como una exigencia inscrita profundamente en la existencia cristiana» (nº 81).

Cuantas veces habremos oído «ser cristiano no es ir a misa», posiblemente ante nuestra conducta poco cristiana. Es verdad. Pero siempre se dará —por desdicha— una distancia, que ojala fuera pequeña, entre nuestra fe, nuestra misa y nuestros comportamientos. Siempre comenzamos la misa reconociéndonos pecadores ante Dios todo poderoso y ante los demás hermanos.

Ese reproche será para nosotros una llamada a la humildad y sobre todo, a la coherencia entre nuestra fe y nuestra vida, a ir poco a poco, y empujados por esa Eucaristía, a una continua purificación y al ejercicio de todas las virtudes, especialmente de la caridad.

Pero hay otros aspectos que no debemos olvidar. Uno de ellos es que nuestra participación dominical en la misa es

manifestación externa, pública, como ministerio de nuestra fe.

Posiblemente ese reproche provenga, como siempre, de personas que ni asisten a la misa dominical y a lo peor su vida tampoco está exenta de pecados. Por supuesto no debemos juzgarles, pero tampoco quitar importancia a esa participación nuestra en la misa dominical.

Siendo ecuanímenes tenemos que reconocer que esa escasa asistencia a la misa de quienes se reconocen y manifiestan cristianos, se corresponde con un creciente alejamiento o enfriamiento de la fe, con una secularización que invade nuestra vida.

Cierto que ser cristiano no es «ir a misa», es otras cosas además, pero ir a misa es algo que tiene una especial importancia: es manifestarse, confesarse cristiano, manifestarse públicamente cristiano cuando la moda es dárseles de increyente, de anticristiano.

Cierto que esa fe debe manifestarse con obras, pero ir a misa es también una «obra». Y no es de poca importancia ese testimonio que damos de nuestra fe. No es que hagamos de la misa un «acto de propaganda», sino que nuestro comportamiento se hace testimonio de nuestro reconocimiento de Dios en nuestra vida, de que somos esa unidad, iglesia, que tiene en la Eucaristía, en la celebración dominical, uno de sus fundamentos y fuente de vida.

La misa de todos los siglos (nº 1345 del Catecismo de la I.C.) Desde el siglo II, según el testimonio de S. Justino mártir, tenemos las grandes líneas del desarrollo

de la celebración eucarística. Estas han permanecido invariables hasta nuestros días a través de la diversidad de tradiciones rituales litúrgicas. He aquí lo que el santo escribe, hacia el año 155, para explicar al emperador pagano Antonino Pío (138-161) lo que hacen los cristianos: El día que se llama día del sol tiene lugar la reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en la ciudad o en el campo. Se leen las memorias de los Apóstoles y los escritos de los profetas, tanto tiempo como es posible. Cuando el lector ha terminado, el que preside toma la palabra para incitar y exhortar a la imitación de tan bellas cosas. Luego nos levantamos todos juntos y oramos por nosotros...y por todos los demás donde quiera que estén a fin de que seamos hallados justos en nuestra vida y nuestras acciones y seamos fieles a los mandamientos para alcanzar así la salvación eterna. Cuando termina esta oración nos besamos unos a otros. Luego se lleva al que preside a los hermanos pan y una copa de agua y de vino mezclados. El presidente los toma y eleva alabanza y gloria al Padre del universo, por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y da gracias (en griego: eucharistian) largamente porque hayamos sido juzgados dignos de estos dones. Cuando terminan las oraciones y las acciones de gracias todo el pueblo presente pronuncia una aclamación diciendo: Amén. Cuando el que preside ha hecho la acción de gracias y el pueblo le ha respondido, los que entre nosotros se llaman diáconos distribuyen a todos los que están presentes pan, vino y agua «eucaristizados» y los llevan a los ausentes. ■

La Lámpara del Santuario
nº 33, 3ª época

La Hostia Santa, el corazón de Jesús y su preciosa sangre



Son visibles las relaciones que unen estos tres objetos, como se trata de una misma persona, considerada bajo tres conceptos y esta persona es el Verbo humanado.

Suaves y útiles reflexiones, sin embargo, de aquella comparación y paralelo, porque a favor de las diversas fases de asunto tan grande es cómo puede el hombre penetrar en su fondo

y aquilatar algo de lo infinito que allí se oculta.

En la Sagrada Hostia resalta el sacrificio; en el Corazón de Jesús se anida el amor de Jesús a los hombres; en la Sangre preciosa, el precio de la redención.

En la Hostia la persona del Señor se inmola y como que se anonada ante la augusta persona del Eterno Padre

para redimir a su hermanos; el Corazón de Jesús es el horno encendido en que se dispone y acrisola en la llama de la caridad aquel sacrificio, reproducción mística del que tuvo lugar en el Calvario, y la Sangre es el amor de Jesús realizando la profecía de los Salmos: «Me he derramado como el agua». La Hostia es el objeto ofrecido por Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, para la redención del mundo pecador y en sentido místico y elevando la Hostia es santa y eterna, en cuanto se ofreció el Divino Verbo de toda la eternidad, para gloria de Dios y salud del linaje humano, al paso que el Corazón de Jesús es un objeto criado y que comenzó a latir en cierto tiempo para bien de la humanidad, y continúa latiendo en el altar con el propio amor que abrigó desde el principio y con el que se hospedarán eternamente en el pecho divino.

[...] Los tres asuntos se compenetrán en la esfera devota y sólo con el prisma del análisis, pueden diferenciarse y servir, para que el cristiano ahonde más y más en esta dulce y consoladora verdad, de que Jesús reservó para los últimos tiempos entregarnos (por expresarlo así), su Corazón, inspirando

en aquellos días una nueva tendencia al espíritu católico, a adorarle en su sacratísimo Corazón; y en la Sangre preciosa nos da a venerar el precio de la salvación.

[...] Nuestro propósito al meditar sobre este asunto, no fue el buscar analogías y diferencias, sino sondear desde la orilla estos diversos ríos, que son uno mismo, para arraigar su aprecio en el corazón del lector y acrecentar en él la devoción a la segunda persona de la Beatísima Trinidad, que por nosotros se ofreció en holocausto en la Cruz, cual Hostia purísima y que perpetuó este misterio en el altar, legándonos allí la rica joya de su Corazón amantísimo, que se nos entrega en la sagrada comunión.

El Sacramento, como que reside en la Hostia; el sacrificio, en la esfera del que le ofrece, sale del corazón adorable de Jesús; la comunión nos une a la Hostia y nos da parte en el sacrificio. ■

Tomo VI (1875) págs. 207-208

Luis de Trelles

La Lámpara del Santuario

Agosto 2017

La Iglesia (VIII)

Ya no es tan frecuente, como lo era hace unos años, oír, «yo reconozco el valor de Jesucristo y de sus enseñanzas, pero no creo en la Iglesia», no obstante, el argumento encuentra nuevas modalidades en un ambiente multicultural y escéptico. Este planteamiento se retroalimenta del pecado de los cristianos, de los hijos de la Iglesia y singularmente del escándalo producido por los pecados de los clérigos o de los especialmente consagrados a Dios. En este sentido nos impulsa a una purificación constante y a vivir vigilantes y en oración, para no caer en tentación. También es cierto que tales ideas sirven muchas veces para una autoexculpación, enturbiando las aguas para escapar desapercibido de las propias miserias.

Pero el punto más débil de tal postura es que si se acepta a Jesús y su doctrina, es imposible desligar de Él el firme propósito de dar cumplimiento a los designios del Padre, entre los que ocupa un lugar central fundar la *Iglesia* como pueblo de la Alianza nueva y eterna y signo de la presencia del Reino de Dios ya aquí y ahora.

Como dice el Catecismo (n. 758):

Para penetrar en el misterio de la Iglesia, conviene primeramente contemplar su origen

dentro del designio de la Santísima Trinidad y su realización progresiva en la historia.

Vamos a tratar de meditar ahora un poco sobre esta realidad desde la luz del Sacramento del altar, su celebración y su sabor espiritual.

Iglesia y designio de Dios

Muchos comentaristas de la Escritura señalan ya en el judaísmo que el relato de la creación de Génesis capítulo primero introduce una diferencia entre el modo de presentar la creación de todos los seres (*dijo Dios...*) y el modo de presentar la creación del ser humano (... *hagamos...*). Este «plural», más que puramente maestático, lo que indicaría ya una especial voluntad creadora, reforzada por la solemnidad de la expresión, se interpreta como el fruto de una *deliberación de la corte divina*, un acto de Dios compartido con los coros de las «celestiales Cortes». Los autores cristianos, a la luz de las enseñanzas evangélicas, vieron sobretodo una deliberación particular de la Santísima Trinidad. Si a esto unimos la referencia a una *creación a imagen y semejanza* del hombre y la mujer, llamados a la unidad del amor y a la fecundidad

familiar, reflejo del Misterio de Dios, la creación del hombre se presenta como reflejo del ser de Dios: uno (por ser esencialmente amor) y trino (por distinción de personas). El ser «social» del hombre no es puramente práctico, en orden a su supervivencia y bienestar (como en algunos insectos), se trata de una realidad de comunión y de amor, que, agregando, lejos de disolver la identidad de las personas, hace posible su vigencia y desarrollo.

Así pues la Teología católica entiende, en la misma Trinidad y en tal designio creador, la voluntad de dar origen germinalmente, con el ser humano, a la Iglesia, como realidad histórica del Reino de Dios, así lo expresa un precioso Prefacio del actual Misal Romano (La Iglesia está unificada en la Trinidad, Prefacio dominical V° para el Tiempo Ordinario).

El valor de Israel como pueblo de la Promesa

El Catecismo nos recuerda (n. 762) que:

La preparación lejana de la reunión del pueblo de Dios comienza con la vocación de Abraham, a quien Dios promete que llegará a ser padre de un gran pueblo. La preparación inmediata comienza con la elección de Israel como pueblo de Dios. Por su elección, Israel debe ser el signo de la reunión futura de todas las naciones. Pero ya los profetas acusan a Israel de haber roto la alianza y haberse comportado como una prostituta.

Anuncian, pues, una Alianza nueva y eterna. Jesús instituyó esta nueva alianza.

Pese a las infidelidades de los elegidos, Dios permanece fiel, espera su conversión para hacer de ella un signo de la plena realización de sus designios (Catecismo =CEC, n. 674). Además ellos durante los tiempos anteriores a Cristo no eran «elegidos por exclusión» sino «como ejemplo» de lo que Dios quería hacer con la entera humanidad.

Dios elige comunicarse y mantener la esperanza de los seres humanos no aisladamente, sino formando una convocatoria, una asamblea estructurada (sinagoga), un pueblo, una iglesia. La dilatación del Pueblo de las promesas hasta horizontes universales es ya evidentemente una orientación hacia la Iglesia y el Reino escatológico. No en vano la Liturgia cristiana echa sus raíces en numerosas instituciones culturales del Judaísmo a las que Jesús da un nuevo impulso abriéndolas, en relación con su ministerio mesiánico, a una realización plena: así la Liturgia de la Palabra cristiana pone su base en la interpretación de la Ley y de los Profetas y Salmos hecha por Cristo y por las homilias apostólicas. La Liturgia Eucarística tomará como base los elementos y gestos principales de la Cena Pascual judía, tal y como Jesús los reinterpretó en su última cena con los apóstoles. El ritmo de oración continuada con que Israel se dirigía a Dios a través de las horas o momentos de oración, estará en la base de la Liturgia de las Horas de los cristianos (Vid. CEC n. 1096).

La Iglesia instituida por Cristo y manifestada por el Espíritu

La predicación de Jesús, dirigida al pueblo de Israel, llamando a la conversión, así como el envío de sus apóstoles a predicar esta conversión, empezando por Jerusalén, pero llegando hasta los confines del mundo, indica con claridad un deseo de salvación del Padre que abarca a todo el género humano. Tal salvación, abierta a todos, devuelve a los seres humanos a la armonía esencial con Dios, pero también entre los hermanos, en el seno de la familia y en la Sociedad. Tiene en cada paso y gesto de Jesús una voluntad de instaurar una nueva etapa o modo de ser y de presentarse del pueblo de Dios, como sucedió con la Salida de Egipto y la Alianza en el Monte santo.

Los «doce» son la nueva versión de las tribus que forman el Pueblo judío y nacen de Jacob. Jesús se hace «padre» para que los «doce» formen un Pueblo Definitivo. El mandato de «id y bautizadlos», así como

el «haced esto en memoria mía» tienen la firme intención de perpetuar, hasta el fin de los tiempos su venida salvadora, por medio de un pueblo estructurado y con una misión universal y trascendente. El *milagro de Pentecostés* no sólo da cumplimiento a antiguas profecías sino que también pone de manifiesto que el Espíritu que capacitó e impulsó la vida del Verbo encarnado, ahora fecunda a su esposa, la Iglesia, su cuerpo, y lo capacita para presentarse como un sacramento de Cristo en orden a la realización plena de su obra.

Cada Eucaristía con su ritmo progresivo para manifestar la *presencia salvífica*, Palabra-Sacramento, Presentación-Confección del Sacramento, Sacrificio-comunión, está mostrando la gradual *recapitulación* de todo en Cristo y, al mismo tiempo que la hace cumplimiento, la convierte en *envío misionero*, que la impulsa. No en vano comenzamos la Misa con una colecta (oración inicial que nos reúne) y la terminamos con un envío misionero («Ite, missa est»). ■

Preguntas para el diálogo y la meditación

- ¿Tratas de ser testigo fiel, con tu testimonio, de que la Iglesia es querida por Dios para la salvación de los hombres?
- ¿Tu modo de participar en las celebraciones de la Iglesia manifiesta tu convicción de que la Iglesia comunidad es un hecho querido por Dios?
- Tomas en serio en tus tiempos de adoración la permanente voluntad de Dios sobre la Iglesia? ¿le das gracias por pertenecer a ella? ¿rezas por el pueblo de Israel? ¿dejas que en la adoración el Espíritu te lleve a sentir cada vez más con la Iglesia y a participar en su misión desde tu vida ordinaria y tu estado de vida? ¿estás disponible para lo que la Iglesia te pida?

El pan de vida

(Juan 6, 22-71)

(Conclusión)

El maná de Moisés y el pan de Jesús

La alusión a Moisés es bien significativa. Era como decir a Jesús que su signo, la multiplicación pasajera de los panes, no podía compararse con el milagro del maná, prolongado durante cuarenta años. Es necesario que haga algo más ruidoso para que crean en aquel su reino invisible e impalpable. Se presentaban uno frente a otro los dos términos de una comparación: Moisés y Jesús. ¿Cuál de los dos es más grande?

—En verdad, en verdad os digo —responde Jesús—, no os dio Moisés pan del cielo; es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo.

El maná tenía solamente una virtud pasajera: sostenía las fuerzas del cuerpo sin hacer nada por la vida del alma. Alimentaba a una pequeña nación, perdida en el desierto; pero otros muchos pueblos le desconocían: «En cambio, el pan de Dios, añade Jesús, es el que ha bajado del cielo y da la vida al mundo.» La cuestión implícita en la pregunta de los judíos estaba resuelta: Jesús está por encima de Moisés como el cielo de la tierra.



—Señor, danos siempre de ese pan— gritan los oyentes, pensando sólo en el alivio del cuerpo, como la samaritana, cuando le decía: Dame de esa agua, para que no vuelva a tener sed.

Y lo mismo que entonces, Cristo responde con una revelación inefable. Yo soy el Cristo, había dicho junto al pozo, y aquí dice:

—¡Yo soy el pan de vida! El que viene a Mí, no tendrá más hambre, y el que cree en Mí, jamás tendrá sed.

Todas las promesas tienen en Él su realidad. El maná del desierto, el mismo pan milagroso del día anterior, sólo eran un símbolo suyo. Pero la fe es indispensable para saborear ese pan divino, una fe que Jesús no logra despertar en sus oyentes.

—En vosotros —añade— se realiza lo que ya he dicho. Me habéis visto, pero no habéis creído en Mí.

Y explica la razón de aquella ceguera; es que han ofendido al Padre: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a Mí, y aquel que viene a Mí, no le rechazaré. Porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la del que me envió, y esa voluntad es que no se pierda nada de lo que me ha dado, sino que lo resucite en el último día».



por el Padre para llegar a Él.

—No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a Mí si no le trajere el Padre que me ha enviado. En los profetas está escrito: Todos

serán enseñados por Dios. Todo el que oyó a mi Padre y aprendió, llega a Mí. No es que nadie haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios, éste ha visto al Padre.

La protesta de los enemigos

Poco a poco ha ido cambiando el tono del discurso de Jesús. Al principio hablaba con los que le habían seguido durante las últimas veinticuatro horas. Después, nuevos interlocutores han entrado en escena. Son los judíos, doctores y fariseos del contorno, unidos a otros que han llegado de Jerusalén para espiar. Mientras Jesús habla, ellos murmuran, ríen, gritan: «¡Él, pan del cielo! ¡Qué extravagancia! ¡Es una locura, es una blasfemia!» El escándalo se hace general, y de todos los lados salen rumores como éstos:

—¡Qué cosas se atreve a decir! ¿No es éste aquel Jesús, hijo de José, cuyos padres conocemos? Pues, ¿cómo nos dice: Yo he bajado del cielo?

Sin detenerse a refutar este argumento, Jesús reitera sus precedentes afirmaciones, y, ante todo, la necesidad de ser atraído

Jesús tiene empeño en afirmar sus relaciones únicas con el Padre; sólo Él le conoce, sólo Él puede revelarle y sólo a través de Él se entra en comunicación con el Padre, fuente de vida:

—El que cree en Mí tiene vida eterna.

Y añade, ampliando esta idea:

—Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; mas he aquí el pan bajado del cielo, para que el que coma de él no muera. Yo soy ese pan vivo descendido del cielo: el que comiere de él no morirá jamás. Y cierto, el pan que Yo os daré es mi carne, que entrego por la vida del mundo.

Este es el tema fundamental del discurso de Jesús: Yo soy el pan de vida. El diálogo anterior no era más que el prelude. Ha llegado la revelación completa, la exposición del más consolador, del más inefable de nuestros misterios. Ha llegado

gradualmente después de una larga preparación que había tenido en suspenso a sus oyentes. Al fin ha hablado con claridad, ha reafirmado su pensamiento en diversas formas y no es posible dudar. Lo que les propone es comer su carne, algo absurdo, escandaloso, abominable. Y empezaron a protestar diciéndose unos a otros:

—¿Cómo puede damos éste a comer su carne?

Pero cuanto mayor es la oposición de los oyentes, más insiste Jesús, más claras, precisas y enérgicas son sus palabras:

—«En verdad, en verdad os digo: si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí mora y Yo en él. Como me envió el Padre que vive, y Yo vivo por el Padre, así también el que me come vivirá por Mí. Este es el pan que descendió del cielo. No como el maná del que comieron vuestros padres y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente».

Consecuencias del discurso

Así terminó aquel discurso de Jesús. Había sido largamente preparado por la

oración, por la exhortación a la fe, por los milagros. La importancia del tema lo requería: tratábase en él de fijar para siempre la doctrina que debían aceptar sus discípulos de todos los siglos sobre el más augusto y difícil de los misterios: naturaleza, efectos y necesidad de la Eucaristía. «Y todas estas cosas, termina San Juan, las dijo Jesús en la sinagoga de Cafarnaum.» Todavía, se conservan hoy las ruinas de la sinagoga de esta ciudad, y en ellas, sobre un dintel, una escultura con el maná en un tarro cercado de racimos y de hojas de vid. No es seguro que estos restos formen parte del edificio mismo donde habló Jesús; pero ellos nos hacen pensar que Jesús pudo tener delante de los ojos una figura semejante mientras discutía con los judíos sobre el milagroso alimento que Dios había enviado a sus padres y el más milagroso todavía que Él iba a multiplicar en la tierra.

Aquél no era más que un símbolo, una figura lejana del manjar misterioso que debía perpetuar la vida divina en el mundo. Declaración humillante para un judío, convencido de que Dios no podía hacer gracia más alta a los hombres que la que había hecho a sus padres, mientras anduvieron errantes por el desierto. Declaración humillante y enseñanza inadmisibles para espíritus tercamente aferrados a sus ideas puramente materiales de la redención. Entre los mismos discípulos de Jesús, aun entre aquellos que hasta entonces no habían dudado en ponerse de su parte contra las asechanzas de los fariseos, había I muchos que

decían escandalizados: «Muy duro es este razonamiento, ¿quién lo puede oír?» Jesús, que había previsto ya las resistencias, y que ve ahora las objeciones, se esfuerza por retenerlos, poniendo ante sus ojos de una manera velada la gloria que había de envolver aquel cuerpo, cuya manducación los asusta, y el sentido misterioso y sobrenatural con que hay que interpretar sus palabras. Los milagros obrados el día anterior son ya una garantía de fe; pero a ellos se juntarán otras garantías y otras revelaciones. No obstante, persiste en su afirmación capital: Hay que comer realmente su cuerpo; hay que beber realmente su sangre. Y se ha podido decir, con razón, que su estilo no es inquietar a los hombres con grandes palabras para no conseguir ningún fin: «¿Esto os escandaliza?, exclama, respondiendo a las murmuraciones. ¿Qué haríais si vierais al Hijo del hombre subir a donde antes estaba? El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha. Las palabras que Yo os he dicho, espíritu y vida son». Y añade con el corazón desgarrado: «Hay entre vosotros algunos que no creen. Por eso os he dicho que nadie viene a Mí si mi Padre no se lo concede».

Actitud de los discípulos

Tal vez hubiera querido decir más, pero sus oyentes, muchos de ellos discípulos entrañables, gentes entusiastas, que le habían seguido desde el primer momento, salían a toda prisa del recinto: unos, des-

moralizados y despechados echándose en cara mutuamente su excesiva credulidad; otros, silenciosos, entristecidos, convencidos de que en aquel momento se derrumbaba una de sus más grandes ilusiones. Jesús observaba la deserción con un gesto de amargara. Pero era Él quien la había provocado. Había hablado con tal claridad, que en adelante todos debían tomar una actitud clara con respecto a Él. Peor que los que se iban era el que se quedaba sin tener fe, Judas, el discípulo avaro, que aquel día debió ver cómo se desvanecían las brillantes perspectivas de su reino quimérico. Tal vez el contagio se dejaba ya sentir en algún otro de los Apóstoles cuando el Señor, envolviéndolos en una mirada de infinita ternura, les dirigió esta dolorida pregunta: «Y vosotros, ¿queréis también marcharos?» «¿A dónde iremos?», respondió Pedro, con frase de una clarividencia maravillosa, que repetirán hasta el fin de los siglos las almas fieles y enamoradas. Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y sabemos que eres el Santo de Dios.» Habían creído, pero no todos. Aunque conmovido por aquel grito del alma, Cristo sabe que entre los doce hay un traidor. Su deseo sería, verle desfilar con los desertores o sinceramente adherido a la confesión de Pedro. Y se lo insinúa con unas palabras, que son a la vez una terrible advertencia y un llamamiento apremiante: «Pues qué, ¿no soy Yo el que os escogí? Y, con todo, uno de vosotros es un demonio». ■

Fray Justo Pérez de Urbel
Vida de Cristo

No hay Cruz sin Cristo

(Conclusión)

Recuerdo el rostro de una mujer refugiada en la misión, acusada de brujería y amenazada de muerte por una masa de gente histérica y ciega. Recuerdo su rostro apergaminado de arrugas. Un rostro surcado por cien ríos y mil afluentes, un rostro cargado con todas las amarguras de su pasado y las incertitudes del futuro. Un rostro con ojos afilados como un bisturí pero, al mismo tiempo, expertos en vida, testigos de mil muertes en un continente en donde la muerte está barata; cómplices de cien duelos aquí donde acompañar a los muertos en su tránsito final es un deber sagrado; cuajados de lágrimas, símbolo del desconsuelo en que hallaba. El rostro de aquella mujer surcado de arrugas era el rostro de Cristo crucificado, del Cristo atado a la columna y de tantas otras imágenes.

Recuerdo otra foto y unas manos roídas por la vida. Manos de piel cuarteada y venas sinuosas. Las manos se abrían en cruz para agarrar un haz de leña. La leña pesaba sobre la espalda de un hombre y las manos la sostenían mientras el cuerpo se encorvaba y dolía. No eran unas manos bonitas, ni tenían uñas cuidadas, ni brillaban de cremas ni olían de aromas. Eran las manos de uno de los miles de empobrecidos, que por suerte o por desgracia, les toca vivir sólo con el sudor de su frente, sin más ayuda gubernamental

que la de permitirles vivir. No se veían en ellas ni el boquete de los clavos ni los raspones de las caídas. Pero se intuían unas manos crucificadas sin clavos, traspasadas por dureza de la vida.

¿Qué decir de los pies de Cristo? Los pies de un Cristo clavado, la anatomía deformada por los nervios tetánicos, son una lección de vida. Los pies son el resumen de una biografía, el legado de un pasado, la herencia de un presente y un escrito codificado de lo que ha sido la vida de una persona. Pies contraídos, pies torcidos por el reuma, pies consumidos por el trajín, pies cansados, pies machacados por la carga, pies doloridos del mucho estar de pie. Recuerdo los pies de Madre Teresa en los últimos años de su vida y mas que pies eran un garabato. Aquellos pies resumían el calvario de su preciosa vida. Aunque también reflejaban el mucho bien acumulado, el amor ofrecido y el dolor compartido. Mirad los pies de cualquier Cristo, crucificado o no y leeréis en ellos su maravillosa vida y la fuerza inmensa de su personalidad única e irrepetible.

El corazón del crucificado se le imagina a través de la llaga del costado. Y pienso en las llagas abiertas de la humanidad, ahora más que nunca, cuando el odio del islamismo radical ha salpicado a enteros continentes. Criminales que matan en nombre de Dios son solamente criminales que ponen a la religión como una pantalla para justifi-

car sus crímenes. Los romanos maltrataron a Jesús y lo mataron porque cumplían órdenes. Los radicales lo hacen porque supuran odio irracional, un odio que abre llagas y rasga corazones. La violencia impone la injusticia y la generaliza. Jesús triunfa de la violencia con su mansedumbre y su sentido común. Llagas abiertas en la fe de la vieja Europa en donde, como en un cascarón vacío la fe se desmorona a cachitos, a trozos, una generación tras otra. Llagas abiertas en el continente americano, en la selva de las tribus amazónicas, llagas abiertas por el consumismo a ultranza, por la adoración del dios dinero, llagas putrefactas en zonas del mundo donde se explotan niños, se secuestran niñas, se abusa de jóvenes perdidas o se machaca sin piedad a personas honradas: cada uno de esos momentos son una lanzada en el corazón de nuestro Cristo de la semana santa.

Pero queda el alma de nuestro Cristo que no es otra que la certeza de su re-

surrección. Un Cristo que no resucita es un pobre cristo, un cristo inacabado, un cristo fallido. Un Cristo resucitado es aquel que inunda de esperanza los rostros, las manos, los pies y las llagas de una humanidad a la deriva. Por eso el alma de la pasión se entrevé también durante las torturas porque la muerte es solamente la antesala de la vida. Cristo es vida porque resucita. Está resucitado cuando salen las cofradías. Resucita cuando la Iglesia vive el Evangelio y no se pliega ante el Dios dinero. Resucita cuando es misericordiosa, cuando los misioneros van por todo el mundo hablando de su muerte-vida y de que somos cristianos cuando hacemos cómo él hizo, vivimos como Él vivió, hablamos cómo Él habló y sabemos morir, más o menos, con la fe en la vida eterna con la que Él murió. ■

Monseñor Juan José Aguirre
Obispo de Bangassou





¡Qué bien se está aquí!

El misterio que hoy celebramos lo manifestó Jesús a sus discípulos en el monte Tabor. En efecto, después de haberles hablado, mientras iba con ellos, acerca del reino y de su segunda venida gloriosa, teniendo en cuenta que quizá no estaban muy convencidos de lo que les ha anunciado acerca del reino, y deseando infundir en sus corazones una firmísima e íntima convicción, de modo que por lo presente creyeran en lo futuro, realizó ante sus ojos aquella admirable manifestación, en el monte Tabor, como una imagen prefigurativa del reino de los cielos. Era como si les dijese: «El tiempo que ha de transcurrir antes de que se realicen mis predicciones no ha de ser motivo de que vuestra fe se debilite, y, por esto, ahora mismo, en el tiempo presente, os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin haber visto llegar al Hijo del hombre con la gloria del Padre».

Y el evangelista, para mostrar que el poder de Cristo estaba en armonía con su voluntad, añade: Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Éstas son las maravillas de la presente solemnidad, éste es el misterio, saludable para nosotros, que ahora se ha cumplido en la montaña, ya que ahora nos reúne la muerte y, al mismo tiempo, la festividad de Cristo. Por esto, para que podamos penetrar, junto con los elegidos entre los discípulos inspirados por Dios, el sentido profundo de estos inefables y sagrados misterios, escuchemos la voz divina y sagrada que nos llama con insistencia desde lo alto, desde la cumbre de la montaña.

Debemos apresurarnos a ir hacia allí —así me atrevo a decirlo— como Jesús, que allí en el cielo es nuestro guía y precursor, con quien brillaremos con nuestra mirada espiritualizada, renovados en cierta manera en los trazos de nuestra alma, hechos conformes a su imagen, y, como él, transfigurados continuamente y hechos partícipes de la naturaleza divina, y dispuestos para los dones celestiales.

Corramos hacia allí, animosos y alegres, y penetremos en la intimidad de la nube, a imitación de Moisés y Elías, o de Santiago y Juan. Seamos como Pedro, arrebatado por la visión y aparición divina, transfigurado por aquella hermosa transfiguración, desasido del mundo, abstraído de la tierra; despojémonos de lo carnal, dejemos lo creado y volvámonos al Creador, al que Pedro, fuera de sí, dijo: Señor, ¡qué bien se está aquí!

Ciertamente, Pedro, en verdad qué bien se está aquí con Jesús; aquí nos quedaríamos para siempre. ¿Hay algo más dichoso, más elevado, más importante que estar con Dios, ser hechos conformes con él, vivir en la luz? Cada uno de nosotros, por el hecho de tener a Dios en sí y de ser transfigurado en su imagen divina, tiene derecho a exclamar con alegría: ¡Qué bien se está aquí!, donde todo es resplandeciente, donde está el gozo, la felicidad y la alegría, donde el corazón disfruta de absoluta tranquilidad, serenidad y dulzura, donde vemos a (Cristo) Dios, donde él, junto con el Padre, pone su morada y dice, al entrar: Hoy ha sido la salvación de esta casa, donde con Cristo se hallan acumulados los tesoros de los bienes eternos, donde hallamos reproducidas, como en un espejo, las imágenes de las realidades futuras. ■

San Anastasio del Sinaí, obispo

Del sermón en el día de la Transfiguración del Señor

La salvación de Dios: La Ley y la Gracia

I. La ley moral natural

El hombre participa de la sabiduría y la bondad del Creador que le confiere el dominio de sus actos y la capacidad de gobernarse con miras a la verdad y al bien. La ley natural expresa el sentido moral original que permite al hombre discernir mediante la razón lo que son el bien y el mal, la verdad y la mentira:

1954 *«La ley natural [...] está inscrita y grabada en el alma de todos y cada uno de los hombres porque es la razón humana que ordena hacer el bien y prohíbe pecar. Pero esta prescripción de la razón humana no podría tener fuerza de ley si no fuese la voz y el intérprete de una razón más alta a la que nuestro espíritu y nuestra libertad deben estar sometidos» (León XIII, Carta enc. Libertas praestantissimum).* ■

La ley divina y natural (GS 89) muestra al hombre el camino que debe seguir para practicar el bien y alcanzar su fin. La ley natural contiene los preceptos primeros y esenciales que rigen la vida moral. Tiene por raíz la aspiración y la sumisión a Dios, fuente y juez de todo bien, así como el sentido del prójimo en cuanto igual a sí mismo. Está expuesta, en sus principales preceptos, en el Decálogo. Esta ley se llama natural no por referencia a la naturaleza de los seres irracionales, sino porque la razón que la proclama pertenece propiamente a la naturaleza humana:

1955 *«¿Dónde, pues, están inscritas [estas normas] sino en el libro de esa luz que se llama a Verdad? Allí está escrita toda ley justa, de allí pasa al corazón del hombre que cumple la justicia; no que ella emigre a él, sino que en él pone su impronta a la manera de un sello que de un anillo pasa a la cera, pero sin dejar el anillo» (San Agustín, De Trinitate, 14, 15, 21).*
La ley natural «no es otra cosa que la luz de la inteligencia puesta en nosotros por Dios; por ella conocemos lo que es preciso hacer y lo que es preciso evitar. Esta luz o esta ley, Dios la ha dado al hombre en la creación. (Santo Tomás de Aquino, In duo praecepta caritatis et in decem Legis praecepta expositio, c. 1). ■

La ley natural, presente en el corazón de todo hombre y establecida por la razón, es universal en sus preceptos, y su autoridad se extiende a todos los hombres. Expresa la dignidad de la persona y determina la base de sus derechos y sus deberes fundamentales:

1956 *«Existe ciertamente una verdadera ley: la recta razón, conforme a la naturaleza, extendida a todos, inmutable, eterna, que llama a cumplir con la propia obligación y aparta del mal que prohíbe. [...] Esta ley no puede ser contradicha, ni derogada en parte, ni del todo» (Marco Tulio Cicerón, De republica, 3, 22, 33).* ■

1957

La aplicación de la ley natural varía mucho; puede exigir una reflexión adaptada a la multiplicidad de las condiciones de vida según los lugares, las épocas y las circunstancias. Sin embargo, en la diversidad de culturas, la ley natural permanece como una norma que une entre sí a los hombres y les impone, por encima de las diferencias inevitables, principios comunes. ■

1958

La ley natural es *inmutable* (cf GS 10) y permanente a través de las variaciones de la historia; subsiste bajo el flujo de ideas y costumbres y sostiene su progreso. Las normas que la expresan permanecen substancialmente valederas. Incluso cuando se llega a renegar de sus principios, no se la puede destruir ni arrancar del corazón del hombre. Resurge siempre en la vida de individuos y sociedades:

«El robo está ciertamente sancionado por tu ley, Señor, y por la ley que está escrita en el corazón del hombre, y que la misma iniquidad no puede borrar» (San Agustín, Confesiones, 2, 4, 9). ■

1959

La ley natural, obra maravillosa del Creador, proporciona los fundamentos sólidos sobre los que el hombre puede construir el edificio de las normas morales que guían sus decisiones. Establece también la base moral indispensable para la edificación de la comunidad de los hombres. Finalmente proporciona la base necesaria a la ley civil que se adhiere a ella, bien mediante una reflexión que extrae las conclusiones de sus principios, bien mediante adiciones de naturaleza positiva y jurídica. ■

1960

Los preceptos de la ley natural no son percibidos por todos, sin dificultad, con firme certeza y sin mezcla alguna de error. En la situación actual, la gracia y la revelación son necesarias al hombre pecador para que las verdades religiosas y morales puedan ser conocidas «de todos y sin dificultad, con una firme certeza y sin mezcla de error» (Concilio Vaticano I: DS 3005; Pío XII, enc. *Humani generis*: DS 3876). La ley natural proporciona a la Ley revelada y a la gracia un cimiento preparado por Dios y armonizado con la obra del Espíritu. ■



Calendario de Vigilias de la Sección de Madrid

Agosto 2017

TURNO	AGOSTO	IGLESIA	DIRECCIÓN	TÉLEFONO	HORA DE COMIENZO
2	12	Santísimo Cristo de la Victoria	Blasco de Garay 33	915 432 051	23:00
3	12	La Concepción	Goya 26	915 770 211	22:30
4	4	San Felipe Neri	Antonio Arias 17	915 737 272	22:30
5	18	María Auxiliadora	Ronda de Atocha 27	915 304 100	21:00
6	22	Basilica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	22:30
7	22	Basilica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	21:45
10	11	Santa Rita	Gaztambide 75	915 901 133	21:30
11	25	Espíritu Santo y Ntra. Sra. de la Araucana	Puerto Rico 29	914 579 965	21:45
12	31	Ntra. Madre del Dolor	Avda. de los Toreros 45	917 256 272	21:00
13	5	Purísimo Corazón de María	Embajadores 81	915 274 784	21:00
14	11	San Hermenegildo	Fósforo 4	913 662 971	21:30
15	10	San Vicente de Paul	Plaza San Vicente de Paul 1	915 693 818	22:00
16	11	San Antonio	Bravo Murillo 150	915 346 407	21:00
17	12	San Roque	Abolengo 10	914 616 128	21:00
18	11	San Ginés	Arenal 13	913 664 875	21:00
19	25	Inmaculado Corazón de María	Ferraz 7	917 589 530	21:00
20	4	Ntra. Sra. de las Nieves	Nuria 47	917 345 210	21:30
22	12	Virgen de la Nueva	Calanda s/n	913 002 127	21:00
23	4	Santa Gema Galgani	Leizarán 24	915 635 068	22:30
24	4	San Juan Evangelista	Plaza Venecia 1	917 269 603	21:00
25	26	Virgen del Coro	Virgen de la Alegría s/n	914 045 391	21:00
28	4	Ntra. Sra. del Stmo. Sacramento	Clara del Rey 38	914 156 077	21:00
29	11	Santa María Magdalena	Drácena 23	914 574 938	22:00
31	4	Santa María Micaela	General Yagüe 23	915 794 269	21:00
32	31	Nuestra Madre del Dolor	Avda. de los Toreros 45	917 256 272	21:00
33	3	San Germán	General Yagüe 26	915 554 656	21:30
35	25	Santa María del Bosque	Manuel Uribe 1	913 000 646	22:00
36	19	San Matias	Plaza de la Iglesia 1	917 631 662	22:00
37	14	HH. Oblatas de Cristo Sacerdote	General Aranaz 22	913 207 161	22:00
38	25	Ntra. Sra. de la Luz	Fernán Núñez 4	913 504 574	22:00
39	4	San Jenaro	Vital Aza 81 A	913 672 238	20:00
40	11	San Alberto Magno	Benjamín Palencia 9	917 782 018	22:00
41	11	Virgen del Refugio y Santa Lucia	Manresa 60	917 342 045	22:00
42	4	San Jaime Apóstol	José Martínez Seco 54	917 979 535	21:30
43	4	San Sebastián Mártir	Plaza de la Parroquia 1	914 628 536	22:00
44	25	Santa María Madre de la Iglesia	Gómez de Arteche 30	915 082 374	22:00
45	18	San Fulgencio y San Bernardo	San Illán 9	915 690 055	22:00
46	4	Santa Florentina	Longares 8	913 133 663	22:00
47	11	Inmaculada Concepción	El Pardo	913 760 055	21:00
48	11	Ntra. Sra. del Buen Suceso	Princesa 43	915 482 245	21:30
49	18	San Valentín y San Casimiro	Villajimena 75	913 718 941	22:00
50	11	Santa Teresa Benedicta de la Cruz	Senda del Infante 20	913 763 479	21:00
51	12	Sacramentinos	Alcalde Sáinz de Baranda 3	915 733 204	21:00
52	3	Bautismo del Señor	Gavilanes 11	913 731 815	22:00
53	4	Santa Catalina de Siena	Juan de Urbieta 57	915 512 507	22:00
54	4	Santa María del Pinar	Jazmín 7	913 024 071	22:00
55	25	Santiago El Mayor	Santa Cruz de Marcenado 11	915 426 582	21:00
56	17	San Fernando	Alberto Alcocer 9	913 500 841	21:00
57	5	San Romualdo	Azcao 30	913 675 135	21:00
58	28	Ntra.Sra. de las Maravillas y Santos Justo y Pastor	Plaza Dos de Mayo 11	915 217 925	22:00
59	4	Santa Catalina Labouré	Arroyo de Opañel 29	914 699 179	21:00
60	21	Santa María de Cervellón	Belisana 2	913 002 902	20:00
61	5	Ntra. Sra. del Consuelo	Cleopatras 13	917 783 554	22:00
62	9	San Jerónimo el Real	Moreto 4	914 203 078	21:00

TURNO	AGOSTO	IGLESIA	DIRECCIÓN	TÉLEFONO	HORA DE COMIENZO
63	11	San Gabriel de la Dolorosa	Arte 4	913 020 607	22:00
64	18	Santiago y San Juan Bautista	Santiago 24	915 480 824	21:00
65	11	Ntra. Sra. de los Álamos	León Felipe 1	913 801 819	21:00
66	19	Ntra. Sra. del Buen Consejo (Colegiata S Isidro)	Toledo 37	913 692 037	21:00
67	25	San Martín de Porres	Abarzuza s/n	913 820 494	21:00
68	4	Ntra. Sra. de la Misericordia	Arroyo del Olivar 100	917 773 597	21:30
69	18	Virgen de los Llanos	Plaza Virgen de los Llanos 1	917 058 471	21:00
70	18	San Ramón Nonato	Melquiades Biencinto 10	914 339 301	21:00
71	18	Santa Beatriz	Concejal Francisco José Jimenez Martín 130	914 647 066	21:00
72	4	Nuestra Señora de la Merced	Corregidor Juan Francisco de Luján 101	917 739 829	21:00
73	11	Patrocinio de San José	Pedro Laborde 78	917 774 399	21:00
74	11	Santa Casilda	Parador del Sol 10	915 691 090	21:00
75	18	San Ricardo	Gaztambide 21	915 432 291	20:00
VETERANOS	31	Basílica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	22:00

Calendario de Vigilias de las Secciones de la Diócesis de Madrid

SECCIÓN	AGOSTO	IGLESIA	DIRECCIÓN	TÉLEFONO	HORA DE COMIENZO
Fuencarral	5	San Miguel Arcángel	Islas Bermudas	917 340 692	21:30
Tetuán de las Victorias	11	Ntra. Sra. de las Victorias	Azucenas 34	915 791 418	21:00
Pozuelo de Alarcón T I	25	Asunción de Ntra. Sra.	Iglesia 1	913 520 582	22:00
Santa Cristina T I y II	12	Santa Cristina	Paseo Extremadura 32	914 644 970	
Santa Cristina T VI	26	Crucifixión del Señor	Cuart de Poblet 6 y 8	914 654 789	
Ciudad Lineal	19	Ntra. Sra. de la Concepción	Arturo Soria 5	913 674 016	21:00
Campamento T I y II	25	Ntra. Sra. del Pilar	Plaza Patricio Martínez s/n	913 263 404	21:30
Fátima	12	Ntra. Sra. del Rosario de Fátima	Alcalá 292	913 263 404	20:00
Vallecas	25	San Pedro Advíncula	Sierra Gorda 5	913 311 212	23:00
Alcobendas T I	4	San Pedro	Plaza Felipe Alvarez Gadea 2	916 521 202	22:30
Alcobendas T II	19	San Lesmes Abad	Paseo La Chopera 50	916 620 432	22:30
Mingorubio	10	San Juan Bautista	Regimiento	913 760 141	21:00
Pinar del Rey T I	11	San Isidoro y San Pedro Claver	Balaguer s/n	913 831 443	22:00
Pinar del Rey T II	18	San Isidoro y San Pedro Claver	Balaguer s/n	913 831 443	22:00
Ciudad de los Ángeles	19	San Pedro Nolasco	Doña Francisquita 27	913 176 204	22:30
Las Rozas T I	11	La Visitación de Ntra. Sra.	Comunidad de Murcia 1	916 344 353	22:00
Las Rozas T II	18	San Miguel Arcángel	Cándido Vicente 7	916 377 584	21:00
Las Rozas T III	4	San José (Las Matas)	Amadeo Vives 31	916 303 700	21:00
Peñagrande	18	San Rafael Arcángel	Islas Saipán 35	913 739 400	21:00
San Lorenzo de El Escorial	19	San Lorenzo Martir	Medinaceli 21	918 905 424	22:30
Majadahonda	4	Santa María	Avda. España 47	916 340 928	21:30
Tres Cantos	19	Santa Teresa	Sector Pintores 11	918 031 858	22:30
La Navata	18	San Antonio	La Navata	918 582 809	22:30
La Moraleja	25	Ntra. Sra. de la Moraleja	Nardo 44	916 615 440	22:00
Villanueva del Pardillo	18	San Lucas Evangelista	Plaza de Mister Lodge 2	918 150 712	21:00

Turnos en preparación

Secc. Madrid	11	Nuestra Señora del Cortijo	Avenida Manoteras S/N	917 663 081	21:00
Secc. Madrid	4	Santa María del Pozo y Santa Marta	Montánchez 13	917 861 189	21:00
Secc. Pozuelo TII	10	Casa Ejercicios Cristo Rey	Cañada de las Carreras Oeste 2	913 520 968	21:30

Todos los lunes: EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y ADORACIÓN. Desde la 17:30 hasta las 19:30 horas

Todos los jueves: SANTA MISA, EXPOSICIÓN DE S.D.M. Y ADORACIÓN. 19:30 horas

Mes de agosto de 2017

Día 3 Ángel Blanco

Día 10 María Ángeles Pereira

Día 17 Manuel García

Día 24 Ramón de Bustos y Juan Luis Gómez

Día 31 Juan Antonio Díaz

Lunes, días: 7, 14, 21 y 28.

Mes de septiembre de 2017

Día 7 Secc. de Madrid Turno 73 Patrocinio de San José

Día 14 Secc. de Madrid Turno 74 Santa Casilda

Día 21 Secc. de Madrid Turno 75 San Ricardo

Día 28 Secc. de Ciudad Lineal Turno 1 Ntra. Sra. de la Concepción

Lunes, días: 4, 11, 18 y 25.

Rezo del Manual para el mes de agosto 2017

Esquema del Domingo I	del día 1 al 4 y del 26 al 31	pág. 47
Esquema del Domingo II	del día 5 al 11	pág. 87
Esquema del Domingo III	del día 12 al 18	pág. 131
Esquema del Domingo IV	del día 19 al 25	pág. 171

Las antifonas corresponden al Tiempo Ordinario.

Día 15 de agosto



Solemnidad de la Asunción
de Nuestra Señora